

TXELL FEIXAS TORRAS

MUJERES VALIENTES

Prólogo de Rosa María Calaf



PENÍNSULA

Mujeres valientes

Txell Feixas Torras

Prólogo de Rosa María Calaf

Traducción de Ana Camallonga

Título original: *Dones valentes*

© del texto: Txell Feixas Torras, 2020

© Edición original en catalán: Ara Llibres, 2020 (www.aralibres.cat)

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Primera edición: junio de 2021

© de la traducción: Ana Camallonga Claveria, 2021

Prólogo: Rosa María Calaf, 2021

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2021

Ediciones Península,

Diagonal 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición

Depósito legal: B. 7.587-2021

ISBN: 978-84-9942-999-1

Índice

Prólogo, por Rosa María Calaf	11
Introducción	17
Cuando nacer se convierte en una cuestión de género <i>Jadiya: «¡Si es una niña, no la salves!»</i>	21
Cuando venir al mundo es casi la única opción <i>Melissa: ¿madre o clandestina?</i>	37
Cuando eres niña y el asfalto es tu patio de escuela <i>Alaá: la mayor de un batallón de hermanos refugiados</i>	47
Cuando de pequeña te casan con quien te ha violado <i>Fatma: un vestido de novia para esconder una aberración</i>	59
Cuando eres madre de un hijo... de Estado Islámico <i>Hiyam: de víctima a superviviente olvidada</i>	69
Cuando creces luchando contra el patriarcado y el yihadismo <i>Gulan y Lara: luchas hermanas</i>	87

Cuando tu mejor amigo se radicaliza <i>Maya y Nancy: las Hermanas Kamikaze</i>	105
Cuando huyes de tus <i>propietarios</i> <i>Benchymer: la criada esclava</i>	117
Cuando ensombreces porque iluminas Gaza <i>Majd: palestina e ingeniera envidiada</i>	133
Cuando un grafiti puede costarte la vida <i>Diala: dibujante de guerra</i>	145
Cuando escribes libros de <i>destrucción masiva</i> <i>Yumana: confesiones de una mujer árabe... que sigue furiosa</i>	157
Cuando envejeces pidiendo limosna para alimentar a los tuyos <i>Samar: del New York Times al asfalto de Beirut</i>	171
<i>Bushra: refugiada y refugio</i>	180
Cuando cada día es un 8M <i>Malak: «Soy una mujer. Y esta es mi arma»</i>	191

Cuando nacer se convierte en una cuestión de género

Jadiya: «¡Si es una niña, no la salves!»

—Si eres un niño, vienes al mundo; si eres una niña... ya veremos. Así de simple. Creo que trabajo en el peor país en el que nacer y crecer siendo mujer; donde vivir o morir es, también, una cuestión de género.

Después de esta durísima reflexión, Laia, desde Afganistán, y yo, desde el Líbano, colgamos. Entonces todavía no era consciente de ello, pero esa última llamada, así como el contenido de otros mensajes y correos intercambiados semanas antes, hicieron que le diera una vuelta al inicio de este libro, que justo entonces estaba empezando a escribir.

Impactada por las luchas diarias a las que hacen frente muchas mujeres en el mundo árabe, desde que nacen y hasta que mueren, quería poner en valor sus pequeñas grandes victorias. Las que había presenciado y las que me habían ido explicando. La intención era arrancar ese ciclo vital en el Líbano, mi país de acogida, donde también deciden por ti en un asunto tan intransferible como la maternidad. El aborto, tipificado como delito penal,

se castiga con la cárcel. Me parecía, para empezar, una situación lo suficientemente grave y representativa de lo que pasa aquí y en muchos lugares de la región.

Pero siempre hay realidades peores. Y quizá porque estaba muy receptiva, justo cuando me sumergía en el modo en que nacemos las mujeres en este lado del Mediterráneo, me llegó una historia de más lejos. La de Jadiya, a punto de parir en una zona remota de Afganistán, donde la presión social convertiría ese momento de vida en una auténtica agonía. Pude seguir de cerca la historia de esa joven gracias a Laia. Ella, como ginecóloga y amiga, se convertía en la mejor guía junto a la que adentrarme en una realidad tan poco accesible. De madrugada, un mensaje de texto en el móvil me ponía en situación.

Estamos de parto y Jadiya me acaba de suplicar que, si es un niño, haga lo que haga falta, pero que, si es una niña, no la salve... Le había preguntado antes si quería seguir adelante con la vía vaginal o me autorizaba a practicarle una cesárea. Porque el bebé ya empuja, viene de nalgas, y el riesgo de que muera aumenta si optamos por el proceso natural. No es la primera vez que me encuentro con esta petición de una madre, pero no consigo acostumbrarme...

También esta vez le ha tocado dejarle claro a Jadiya que de ninguna manera decidirán el futuro de su bebé en función de su sexo. Uno de los principios de Laia, como doctora de Médicos sin Fronteras y, sobre todo, como mujer y persona, es que el sexo no puede condicionar nunca una actuación. Y menos una que acabe determinando si vives o mueres. Pueden debatir si salvan o no al bebé para evitar que sea la madre la que muera en el quirófano, pero jamás someterse a ningún otro tipo de exigencias o de presiones. Como doctora, tiene la obligación de proponerle a la paciente la conducta médica más segura, y después tendría que ser esa paciente la que tuviera la última palabra. Pero siempre en relación a procedimientos que prioricen la vida de la mujer y de la criatura.

El problema es que en Afganistán las madres no tienen ni voz ni voto. No tienen derechos. Tampoco reproductivos, concluye Laia frustrada. Y me pregunto en qué se traduce eso en el trato con las embarazadas. Le escribo y pulso «enviar». Asumo que no me podrá contestar hasta el día siguiente, pero recibo un mensaje de voz enseguida. Supongo que, en determinados momentos, en el hospital se le hace más fácil hablar que teclear.

Para que se las asista aquí, todas
las mujeres necesitan el permiso
del marido. Y, una vez en el centro,
sin autorización masculina
tampoco puedo llevar a cabo
ninguna actuación por iniciativa
propia. Además, casi nunca tengo

la posibilidad de consultar los pasos a seguir con el padre, ¡porque no aparece! Delante tengo, en muchos casos, al suegro o a un cuñado, con los que cuesta hacerse entender por una cuestión idiomática y cultural. ¡A veces vivo en la paradoja de tener que debatir con un hijo si le practico una cesárea a su madre! Son los hombres los que mandan. Incluso después de conseguir convencer a alguna mujer de que lo mejor es hacerle una ligadura de trompas para evitar nuevos embarazos de riesgo, la familia se ha acabado negando. Para ellos, cuantos más hijos, mejor. «Ellos», por supuesto; lo que piensen ellas no tiene importancia. ¡Y niños, nunca niñas! Una vez un padre me dijo, enfadado: «Quiero tener más hijos porque solo tengo cinco». Yo sabía que, en realidad, tenía ocho, pero las tres niñas no contaban. ¡Ni las cuentan!

Mientras Jadiya sigue dilatando en la camilla del quirófano, Laia me explica que, si muriera en ese parto complicado, su marido no tardaría en casarse. Quien dice casarse dice comprarse a otra mujer para que le haga

de esposa. Si, en cambio, fuera el hombre el que perdiese la vida, Jadiya debería pasar cuarenta días encerrada en casa, de duelo estricto, sin hacer absolutamente nada, y, después, quizá debería acceder a casarse con un cuñado o con otro hombre del entorno del difunto, al que ha pasado a pertenecer para siempre, para toda la eternidad. La ruptura de la mujer con sus parientes de sangre, que empieza con el matrimonio, se hace evidente en otro momento que la doctora vive cada día: la embarazada siempre llega al hospital acompañada de la suegra o de la cuñada, nunca de la madre o de las hermanas, de las que la han obligado a distanciarse.

Escucho y leo atenta los mensajes de Laia. Los releo, los escucho una y otra vez. «Si es una niña, no la salves.» Intento conciliar el sueño, pero no puedo parar de darle vueltas. Es como una sentencia de muerte. Con Laia nos comunicamos de madrugada, cuando pone fin a sus jornadas eternas y agotadoras. Al cabo de unas horas, supongo que intuyendo mi desconcierto, me envía otro audio en el que trata de contextualizar la situación para ayudarme a entender una realidad que me horroriza, pero que para ella se ha convertido en una triste rutina.

Que Jadiya priorice la salud de su hijo o la suya depende, básicamente, de la criatura que está en camino. En caso de que sea un niño, ella querrá arriesgar su vida para que el varón viva; si esperan una niña, preferirá que la criatura muera, como has visto. En

esta sociedad, extremadamente patriarcal, ven en la niña a una personita que se convertirá, con los años, en una mujer encerrada en casa, que no trabajará ni aportará ingresos al hogar. Que, una vez se case, casi desaparecerá para pasar a formar parte de la familia del marido, con la única misión de parir y de cuidar a sus miembros. Para los padres, tener una hija supone una inversión de tiempo y dinero perdida. Solo cotizan los niños. Y esa es ahora mismo la gran preocupación de Jadiya.

Una inquietud que se acentúa porque esta joven, cuyas contracciones son cada vez más frecuentes, no conoce aún el sexo del bebé. Ni Laia ni las demás ginecólogas del centro acostumbran a desvelarlo durante el embarazo. Es un secretismo justificado: si se enteran de que esperan una niña, algunas mujeres, desesperadas, abortan de las formas más inseguras y rudimentarias. Lejos de los núcleos urbanos de Afganistán —en lugares donde es más difícil acceder a las pastillas para interrumpir el embarazo— hay jóvenes que utilizan opio u otras hierbas tradicionales, agujas u otros instrumentos punzantes. A menudo se provocan auténticas carnicerías y después se desprenden como pueden de los fetos o de los bebés. A veces los entierran en pequeñas cajitas

depositadas en cementerios que visitan de manera clandestina por miedo a represalias. Otras veces los meten en bolsas, sin ningún tipo de sepultura. Intentan borrar cualquier rastro de la pequeña. En muchos casos, si la niña vive, los maridos pegan a las madres a modo de castigo. La violencia física o sexual está instalada en la cultura del país, en la mayoría de las casas. Al menos una de cada tres mujeres la padece. Las hay que son víctimas de su pareja, de su tío, de su cuñado, de su primo. Muchos lo justifican como una forma de *disciplinar* a las mujeres en el hogar.

No consigo dormirme. Mi cuerpo está en Beirut pero mi mente está en la localidad afgana de Jost. Voy mirando el móvil de reajo esperando leer el nombre de Laia en la pantalla. Deseo que me diga algo sobre cómo avanza el parto. Al fin llega el mensaje de audio:

Por fin, resignada y con dolores,
Jadiya acaba de resoplar y de
decir que hagamos lo que creamos
mejor para el bebé, sea lo que sea.
Al menos esta vez no tengo que
salir corriendo para intentar
localizar al marido o a un familiar
que me dé permiso para avanzar, y
puedo hacer lo que, desde el
punto de vista profesional,
consideramos conveniente. De
forma excepcional, ha tenido la
valentía de decir que, con
independencia de lo que venga,

siguiera adelante. Le practicaremos una cesárea.

La de Jadiya es una decisión poco habitual, porque asume por un instante la autoridad sobre su cuerpo. Una capacidad que no le reconoce su comunidad.

En este audio, la voz de Laia suena más tranquila. Inspira con una leve sonrisa y la sensación de haber contribuido a salvar una vida. Si hubiera tenido que ir a buscar a algún familiar, seguramente no habrían llegado a tiempo. Pero también es consciente de que las cosas no habrían ido así si madre y padre hubieran sabido lo que me confirma pocos minutos después, ahora en un breve mensaje de texto:

¡Ya la tenemos aquí, Txell! ¡Ha pesado tres kilos doscientos gramos, está sana y llora que da gusto!

Ahora ya no es ningún secreto: es una niña. Sin nombre, de momento. Tardarán unos días en ponérselo, porque ni la madre ni la familia habían querido pensar en esa posibilidad. Será el marido el que escoja. En la tradición tribal, él tiene la potestad de cambiar, incluso, el nombre de su esposa, si no le gusta. Pero, de momento, la pequeña ya deja oír su voz en un mundo que —intuye— la querrá callada. Y en la que, de entrada, es muy poco deseada. Uno de los momentos en los que noto a Laia más afectada es, precisamente, el instante en el que me la habría imaginado más realizada. Pero la escena

que me describe, pese a haberla vivido otras veces, la rompe siempre por dentro. Me lo transmite con voz apagada.

Cuando he puesto a la niña en brazos de Jadiya, ha llorado con más desconsuelo que si le hubiera comunicado que su hija había muerto durante la cesárea... No solo lloraba la madre: también los familiares que estaban en la habitación. Parecía un funeral, no un nacimiento. Y cuanto más lloraban ellos, más se enrabetaba la niña. Parecía que se daba cuenta del disgusto que tenían por su culpa.

Es casi de día. Laia se va a dormir con una sensación agri dulce, con demasiados sentimientos contradictorios. Pienso en lo difícil que debe de ser gestionar y digerir esa mezcla de tensión y frustración. La mujer afgana es un cero a la izquierda ante las autoridades, pero también lo es la mujer extranjera. Es un hecho que conocen muy bien las organizaciones humanitarias internacionales que trabajan sobre el terreno, y que las limita y las hipoteca. Si la comunidad local deja de aceptarlas —porque entiende que se extralimitan o que vulneran las reglas que se les han impuesto—, los proyectos implementados pueden saltar por los aires. De modo que profesionales como Laia se ven obligadas a desplegar también una

gran inteligencia emocional para comprender situaciones incomprensibles.

Antes de aterrizar en ese rincón de Afganistán, tocando con Pakistán, ya ha trabajado en lugares tan complicados como Sierra Leona, Etiopía, la India o Yemen. Con treinta y tres años —y vecina, como yo, de Sant Joan de Mediona— ha viajado por medio mundo guiada por una vocación indestructible. Pese a que ha acumulado mucha vida en la mochila, hay situaciones que aún resquebrajan la coraza vital que ha tenido que construirse para sobrevivir. Ni las realidades más dolorosas han podido anestesiar la sensibilidad, la fortaleza y la sonrisa que hacen brillar a Laia. Sí que es cierto, pese a todo, que el día a día en un país donde el conflicto es permanente ha hecho que acabe normalizando situaciones excepcionales para la mayoría. En una de nuestras conversaciones, por ejemplo, le quita importancia a la explosión de una bomba, y se consuela diciendo que, al menos, no ha habido daños personales. La sensación de peligro se relativiza. El atentado ha tenido lugar a pocos kilómetros de lo que ahora es su casa, uno de los centros más importantes de Médicos sin Fronteras. Construido en 2012, es una fortificación gigantesca y una de las maternidades más grandes del mundo. Laia vive y trabaja allí. Atienden unos 22.000 nacimientos al año, es decir, unos 2.000 partos mensuales. Unos sesenta cada día.

Me despierto y me la imagino rendida después de una noche tan intensa. Le escribo para saber cómo está de ánimos y cuál es el ambiente que se respira en aquella ciudad sanitaria absolutamente blindada. Con un pasado marcado por la guerra y un presente de inseguridad per-

petua, el país se mueve todavía a fuerza de violentas sacudidas. En esos momentos, las de la insurgencia talibán y las de células de Estado Islámico, que a menudo ponen en su diana a las organizaciones no gubernamentales y al personal humanitario internacional. Un colectivo que también se ve en la obligación de hacer frente a los estragos ocasionados por los bombardeos con los que Occidente ha intentado, sin éxito, apagar un conflicto que se enciende aún más.

Al hospital no entra prácticamente ningún hombre. Por seguridad, pero también, y sobre todo, por una cuestión cultural. Todas las doctoras y las enfermeras somos mujeres, excepto en alguna especialidad. Los profesionales masculinos no tienen casi ningún contacto directo con las pacientes. Fuera del centro, todas las mujeres van tapadas con un burka, de pies a cabeza. Dentro llevan el hiyab, un velo que cubre solo la cabeza y el pecho. Y visten el niqab, que les oculta también el rostro, cuando tienen que interactuar con algún hombre. Yo debo cubrirme, aunque como extranjera se me permite enseñar la cara. Solo eso. Por encima llevo una túnica larga. Esa es la indumentaria de la

docena de miembros del personal internacional que trabajamos codo con codo con unas cuatrocientas mujeres locales.

La mayor parte de sus compañeras son afganas. Cuando el régimen político, militar y religioso de los talibanes fue desalojado del poder en 2001, las doctoras quisieron recuperar sus plazas en los centros sanitarios de las que el régimen islamista las había expulsado por el mero hecho de ser mujeres. No todas se han atrevido a dar ese paso. En realidad, varias ONG y Naciones Unidas han hecho llamamientos reiterados para que se reincorpore a más mujeres, ante las reticencias con las que siguen topándose para trabajar.

Que el Estado no llegue a todo el país tampoco ayuda. Las diferentes culturas de gobierno en cada zona dificultan posibles cambios y aperturas mentales. Precisamente la localidad de Jost, donde se sitúa el centro de Médicos sin Fronteras de Laia, es de etnia pastún. Ella todavía tiene grabado en la memoria cómo la recibieron cuando puso allí los pies por primera vez.

Nada más llegar, un hombre afgano —mediador entre la comunidad local y la occidental— me dejó bien claro que aquí impera la ley tribal, que está por encima de cualquier justicia ordinaria. Que eran los llamados *elders* —un grupo de hombres de

edad avanzada, los líderes regionales— los que mandaban e intervenían en cualquier conflicto. Alguno de los más graves estaban relacionados con disputas de carácter sexual. En los primeros días aquí ya me había llevado un buen baño de realidad. Uno de los cocineros del centro en el que trabajo me explicó que habían matado a su hija porque, estando a punto de casarse, tuvo relaciones con un hombre que no era su prometido. Los condenaron a muerte a los dos. El padre me lo confesó con una cierta resignación que lo hacía todo aún más bárbaro: «Aquí las cosas funcionan así, Laia...». Resulta que, para los miembros de la comunidad, la deshonra es peor que la muerte. Ven el asesinato como la mejor manera de hacer pasar la vergüenza, recuperar pronto la armonía y evitar la lucha entre dos familias.

En Afganistán, el honor está por encima de la vida. Quejarse de la violencia doméstica, denunciar una violación u oponerse a un matrimonio forzado —lo son al menos siete de cada diez, según la ONU— supone incu-

rrir en un crimen contra la moral. La policía te puede arrestar si formulas la más insignificante de las quejas contra tu marido o tus familiares. Incluso hay mujeres que, tras atreverse a presentar una denuncia en una comisaría, han acabado detenidas o se las ha forzado a retractarse en declaraciones obtenidas muchas veces bajo tortura. La presencia femenina casi nula —menos del cinco por ciento— en el sistema policial o judicial se convierte también en un factor disuasorio a la hora de que las víctimas busquen ayuda.

Varias organizaciones humanitarias reconocen algunos avances en la era postalibana. Sobre todo, una cierta mejora de la educación y una reducción de la tasa de mortalidad infantil. Pero la mentalidad del país continúa anclada en el pasado. El panorama es especialmente duro en las afueras de Kabul, la capital, donde ni la oleada liberal de principios de los sesenta ni los cambios posteriores que debían implantarse con la llamada «liberación» han arraigado. La Constitución que se aprobó en 2004 deja muy clara la igualdad entre todos los ciudadanos, sean hombres o mujeres. Pero ese derecho resiste solo sobre el papel. En algunas regiones se les sigue negando la educación más básica a las niñas, ya sea porque se considera inapropiada o por miedo a reacciones extremistas contra las escuelas con presencia femenina. En solo un año, el número de ataques contra centros escolares del país se ha más que triplicado.

Algunas chicas han acabado
rociadas con ácido como
advertencia de que su lugar no

está en las aulas, sino en casa. El ácido no te mata, pero deja cicatrices físicas, psicológicas y sociales muy visibles. Es un estigma. Las que son víctimas de ese tipo de ataques quedan desatendidas en todos los ámbitos: médico, laboral, legal... La lucha, por tanto, no se limita a nacer niña. Después toca crecer sin que te maten por el mero hecho de ser mujer.

Hace semanas del parto de Jadiya. Estoy en casa, a punto de dormirme, y en medio de la oscuridad veo que el móvil se ilumina. Mensaje de Laia. De repente, me viene a la cabeza la conversación en la que, hace unos días, me explicaba que la mortalidad infantil se había reducido, pero que seguía siendo importante entre los recién nacidos. Expectante y un poco nerviosa, leo el breve texto con la intuición de que quizá sean malas noticias. Me equivocaba.

Jadiya acaba de venir al hospital a visitarse. Se recupera con toda normalidad y la niña... todavía no tiene nombre, ¡pero está preciosa y muy sana! Hoy la madre y la hija ya se miraban sin dejar de sonreírse.